

## Pre-versión, versión y per-versión

*María Inés García Canal\**

*VERTER* (hacia 950). Del latín *vertere*: girar, hacer girar, dar vuelta, derramar, dejar caer líquidos o sustancias. Echar una cosa de un recipiente a otro. Sus derivados: *vertedero, vertedor, vertiente, vértebra, vértice, verticalidad, vértigo, versatilidad, vertiginoso, verso, VERSIÓN* (princ. siglo XII), *advertir, advertencia, adversidad, adversario, adversión, controvertido, controversia, convertir, converso, conversión, conversar, divertir, diversión, diverso, divorcio, invertir, introversión, introvertido, extroversión, extrovertido, pervertir, PERVERSIÓN* (siglo XV), *revertir, subvertir, subversión, travesura, travesía*, y algunos compuestos como *universo, universal, malversar, malversación* (Joan Carominas, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos).

NO HAY MÁS QUE VERSIÓN. Sólo desde la Versión es posible fabular el retorno al origen, al principio, arribo al espacio mítico de la inocencia previo a toda versión, una *pre-versión* de la versión de la cultura, de la Versión oficial. No hay tampoco *per-versión* fuera de la Versión, del orden simbólico, sólo desde ella, en tanto estructurante, es posible subvertirla, transformarla, redoblarla en un juego incesante de espejos. Fuera de la Versión no son posibles versiones-otras, ni aun en el trabajo de la imaginación.

La Versión es estructurante: vértebra, verticalidad y vértice. Se instaura en ley, en filtro de todas las versiones posibles, impone órdenes y jerarquías; se convierte en la ley simbólica que posibilita lo existente, que impone toda verdad, que construye toda realidad, que preconiza el imperio de una ética moralizante.

\* Profesora-investigadora. Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

La Versión es también una estructura que regala presencia, existencia e identidad. Estructura del *Otro* podríamos denominarla, en que el Otro (con mayúscula) será entendido en el sentido de la palabra francesa *l'autrie*, el prójimo, los demás que constituyen un conjunto indiferenciado: yo mismo y ajeno; para distinguirla del otro (en minúsculas) en el sentido de la palabra también francesa *l'autre*, el otro concreto con rostro, nombre y cuerpo, el semejante y re-conocido. No hay escapatoria de esa estructura, ya que delimita el habla y la percepción, el pensamiento y las sensaciones, los dolores y alegrías; insufla, cual dios, el deseo, inscribe la falta y con ella el movimiento y la búsqueda.

Esta estructura que pre-existe a los sujetos y de la que nadie escapa, está hecha de espacio, lenguaje y relaciones de poder: *Espacio* en tanto lugar en que el cúmulo de discursos se entrelazan y tejen, donde los sueños (y sus pesadillas) se manifiestan, adquieren presencia; espacio no sólo geográfico sino también lógico e histórico, donde el tiempo busca un suelo de arraigo, se amarra y se inscribe en los cuerpos: se encarna.

Está hecha también de *Lenguaje* que en su incansable versatilidad y verbosidad vierte machaconamente la Versión, constituida por el habla espacializada e inmersa en el tiempo, serie de discursividades entrecruzadas que dan sentido y significación, que producen visibilidades, que exigen miradas, que provocan sensaciones y sentimientos. Y finalmente *relaciones de poder*, líneas de fuerza que la cruzan constantemente y le exigen movilidad, renovación incesante, para cumplir, al mismo tiempo, una función estratégica. Las relaciones de poder producen estrategias móviles, imprescindibles para que la estructura sea capaz de mantenerse y perdurar; le construyen *dispositivos*,<sup>1</sup> especie de ovillos o madejas, conjunto compuesto por líneas de diferente carácter: líneas de *enunciación* y de *visibilidad* que lo transforman en máquinas para hacer ver y para hacer hablar; líneas de *fuerzas* en toda relación entre un punto y otro, que pasan por todos los lugares del dispositivo mezcladas con las otras para dar lugar a una indisoluble relación entre saber y poder; líneas también de *subjetivación*, la dimensión del sí mismo, en que las fuerzas, en lugar de entrar en una relación lineal con otras fuerzas, se vuelven y se ejercen sobre sí y se afectan a sí mismas: es

<sup>1</sup> Véase Michel Foucault, "El juego de Michel Foucault", en *Saber y verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991, pp. 128-129; y Gilles Deleuze, "¿Qué es un dispositivo", en Balbier, E., Deleuze, G., *et al.*, *Michel Foucault, filósofo*, Gedisa, Barcelona, 1990.

la producción de la subjetividad; y también líneas de *ruptura*, de *fisura*, provocadas por la resistencia de los sujetos que enfrentan los saberes y poderes e incitan el movimiento del dispositivo. Estas líneas se enlazan y se mezclan, unas suscitan a las otras y provocan sin cesar variaciones y aun mutaciones en su disposición.

En esa estructura incluyente, los otros concretos insinúan su presencia en el estar de cada sujeto en el espacio, en su percepción del mundo circundante, en su habla y en su escucha, en su mirar y tocar; esta presencia corporal producida por seres concretos se diluye ante la aparición fantasmática de una presencia incorpórea, un ser colectivo: el *Otro*, que acompaña a todo sujeto por siempre, que lo conduce hacia el mundo de lo posible: todo lo no sabido, no conocido o deseado por un sujeto es ya conocido y posible en la estructura.

Ese campo, ese espacio colectivo que se impone con la fuerza de la verdad, está constituido por la presencia de los otros, quienes, desde esta perspectiva, no son ni objetos que percibo, ni sujetos que me perciben, sino “una estructura sin la cual este campo, en su conjunto no existiría”.<sup>2</sup> Estructura que se constituye en el espacio de lo posible de todo sujeto inmerso en ella, ya que todo lo que aún no he visto o conocido, ya ha sido visto o conocido por otro; así, “un rostro espantado es la expresión de un espantoso mundo posible o de algo espantoso en el mundo que no veo todavía”.<sup>3</sup>

El espacio vivido adquiere sentido por ese sordo rumor de los otros perdidos, diluidos en la estructura, por esa presencia materializada sin corporeidad capaz de otorgar, a todos y cada uno, el saber aun de lo no sabido, su existencia e identidad.

Esta estructura provoca, también, la producción de un campo perceptivo dentro del cual los sentidos de los sujetos se adecuan a ver, tocar, oler, gustar, oír de una determinada manera considerada normal, y todo aquel o aquella que escape a esta forma propuesta es rechazado por la estructura que vigila cualquier desviación, cualquier anomalía. Este campo perceptivo forma e informa a los sentidos y produce, a su vez, una sensibilidad que le es propia y característica a una sociedad en

<sup>2</sup> Gilles Deleuze, “Apéndice 2. Michel Tournier y el mundo sin el otro”, en *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 1969, p. 306.

<sup>3</sup> *Ibid.*

un momento dado, como, por ejemplo, esa nueva sensibilidad ante la miseria y los deberes de asistencia, surgida a mediados del siglo XVII en Occidente, que generó formas inéditas de reacción frente a los problemas económicos del desempleo y de la ociosidad y que provocó, al mismo tiempo, una nueva ética del trabajo y de la familia. Esta sensibilidad se fue gestando en la constitución misma de la locura como objeto de conocimiento y en la emergencia del sujeto razonable.<sup>4</sup>

Los tiempos se tejen dentro de la estructura dando lugar a un presente continuo que incita a olvidar el pasado y hace del futuro una continuidad sin sobresaltos. El pasado se integra al presente y persiste e insiste desde la sombra y el olvido: cúmulo de enunciaciones que se evidencian como verdad y certeza; imágenes valoradas y rechazadas que se fijan como eternidad; figuras de lo indeseable que se constituyen en repudio y odio actuante. Esta capacidad de hacer del pasado y del futuro un presente continuo convertido en creencia y fe, le otorga consistencia a la estructura, le da una forma alucinatoria que atraviesa los cuerpos e incita a la percepción bajo la lente propuesta.

La estructura modela cuerpos, dirige percepciones, otorga filtros a través de los cuales ver, oír, tocar, sentir; dirige la mirada, genera zonas de invisibilidad, campos iluminados convertidos en evidencias; impone hablas, obliga e induce a decir determinados enunciados, propone y exige el silencio de otros. Es por ella que se percibe, se habla, se siente, se actúa.

El cuerpo es modelado por la estructura, no es simplemente la carne y los huesos que lo constituyen, su mera materialidad, sobre esa carne el *Otro* trabaja, modela, insufla deseos... De esta manera, la carne se hace cuerpo habitada por el deseo del *Otro* que el sujeto hace propio, lo habita el deseo del deseo del *Otro*.

La carne hecha cuerpo deberá ser revestida de un nombre, de un sexo y de un género para existir y ser reconocida, para ser deseante y deseable. El cuerpo recibe la impronta de la estructura; consigna y registra recuerdos, sensaciones, se hace archivo de una memoria involuntaria que actúa sin saber, sin conocer, más que con sus fibras, aquello que lo aqueja. El cuerpo siente, resiente, asiente y disiente (somatiza) más allá de la conciencia y la voluntad.

<sup>4</sup> Véase Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, 1976, t. I, p. 90.

Sólo desde aquí se podrá pensar el género, el sexo, la sexualidad, la diferenciación de esos sujetos que la estructura nomina como hombre o bien mujer, como pertenecientes a un sexo o bien al otro, como integrantes del género femenino o masculino, como cuerpos sexuados y generizados capaces de vivir y gozar una sexualidad. No hay que olvidar que en Occidente la Versión impuso a partir del siglo XVIII la máxima: “A cada uno un sexo y sólo uno”.

He aquí, entonces, la Versión que se instaura en Ley y hace de los sujetos, sujetos de la ley; sujetos *vertidos*, en ellos se vierte la ley convertida en naturaleza. La Ley es sentida y vivida como propia, forma parte de su propio ser, *essu* propia naturaleza.

La Versión tiene la capacidad y la fuerza, en tanto Ley, de transformar el discurso en naturaleza. Todo proceso de legalización es en sí mismo un proceso de “naturalización”, con ello se busca borrar toda singularidad: lo semejante, lo compartido se hace esencia, naturaleza, razón de ser, se cristaliza en eternidad, origen y principio. Así, la Versión hecha Ley se convierte en orden, mandato y obligación, pero naturalizada se transforma en don, dictado y ofrenda. Toda singularidad y diferencia se inscribe en la afrenta a la Ley y a la Razón conveniente al ser.

La Versión, entonces, encuentra su justificación en la Naturaleza, cual si ésta continuara incólume y no hubiese sido tocada por la voz y la palabra dándole un orden, poniéndola en evidencia y ejerciendo sobre ella su dominio. La Versión quiere que se olvide su punto de emergencia humana, fatalmente humana, su surgir de los bajos fondos en donde pululan el poder, el odio y la afrenta y convertirla en Naturaleza anterior a toda Versión, hacerla sacra por inocente, volverla *pre-versión*, anterior a sí misma.

Sólo desde la Versión son construidas las versiones-otras, muchas de ellas se integran en la Versión misma, sus márgenes son móviles producto de las constantes interpretaciones que luchan en su interior, multiplicidad de versiones superpuestas en un continuo enfrentamiento de discursos y contra-discursos, de elaboraciones y sus respectivas críticas que constituyen entre todas la Versión oficial, capaz de integrar a sí misma su propia crítica.

A pesar de esta habilidad de la Versión de estar en continuo movimiento para lograr su permanencia, es también capaz de establecer, momento

a momento, los límites en que pueden darse sus propios deslizamientos y busca, desesperadamente, las formas y maneras de dar cabida en su interior a las desviaciones a fin de que se integren a ella como “eso”, como desviaciones. De esta forma, la Versión niega toda exterioridad, es un espacio de clausura, un “a puertas cerradas”, lo exterior a sí misma es rechazado por asignificante y, en tanto tal, insignificante: carecer de nombre le impide pertenecer al orden de las cosas.

El sentido temporal se hace presente en estas desviaciones: deslizamiento desde la Versión hacia el re-encuentro de una biología: los huesos, la carne, el organismo pulsando y pulsado; conjunto de elementos receptivos y perceptivos y también sus vísceras; suma de contracciones, de retenciones y de esperas; camino de retorno hacia un pasado sepultado en el olvido, donde el sujeto imagina que reina la autenticidad, el placer puro, la inocencia y, por ende, la Realidad, tal como es entendida por el sentido común.

Y un desplazamiento temporalmente diferente, que olvidando el pasado busca imaginativamente el porvenir, producción de lo nuevo, de lo inédito, de lo hasta ahora inexistente; búsqueda no ya de la realidad sino de la Verdad, que se le escapa siempre y, sin embargo, no deja de buscarla.

La primera se inscribe en la fábula mítica de un origen previo a toda cultura, de una naturaleza pura fuera de toda contaminación: el re-encuentro con la Realidad; la segunda ficciona, busca producir lo que no existe todavía, construir la Verdad. La primera retorna al mítico origen, la segunda fabrica un futuro, hasta ahora, impensado.

Es posible, entonces, hallar tres tipos diferentes de sujetos: los *vertidos*, aquellos en que la Ley se ha instaurado en sí mismos cual si fuese su propia naturaleza; los (*in*) *vertidos* [*in*: prefijo latino que expresa negación o privación y que también puede tomar el valor de la preposición *en*] que buscan rescatar su cualidad pura, intocada por la cultura en la que late su esencia auténtica fuera de toda ley, y los (*exo*) *vertidos* [*exo*: prefijo derivado del griego *éxō*: fuera de] productores de la versión de lo otro, de lo que no existe todavía. Tensión de tiempos encontrados: el *vertido*, sujeto fijado en un presente continuo que perdura; el (*in*) *vertido* amarrado a un pasado perdido, a un origen incontaminado; y el (*exo*) *vertido* con su mirada prendida en un futuro incierto a inventar concebido, por él, como necesario.

El *vertido* no es más que la versión de la Versión, hecho a imagen y semejanza de ella. Sujeto consonante con el orden de las cosas, la Ley es su propia naturaleza; en tanto el (*in*) *vertido* da a su cualidad sin nombre carácter de ley, no apela a la Ley de la Versión sino a la cualidad que lo constituye, no se halla naturalizado en el código de la Versión sino que refiere su esencia y sus deseos a una naturaleza virgen y salvaje, intocada por la cultura, que está más allá de sí mismo, que es su don y su mandato. El *yo soy así* y el *ni modo* lo definen, siendo interpretado por la Versión como de-generado en su misma generación; en él se da la poética del goce<sup>5</sup> como la acción de gozar en un acto a-semántico; poética del goce, ya que sólo podrá intuirlo en el roce precario con el campo semántico. Si bien el goce se resiste a la palabra, no es ajena a ella, el goce nace de la palabra que lo niega. Sin palabra, Versión ni Ley, el goce no tendría existencia, es por ello que no hay goce en sentido estricto, sino tan sólo su poética. Desde la Patria de la palabra, patria de exilio convertida en asilo, en el único asilo posible, el sujeto podrá rozar el inefable de una Matria perdida por la invasión de la palabra que instaura la Ley y, desde esa cualidad sin nombre a la que se aferra, emite su grito no articulado aún.

El (*in*) *vertido* lucha por lograr la naturalización por la vía de la Ley, ser reconocido por la esencia misma de su ser, por su cualidad pura intocada, lucha porque el Otro acepte y respete su naturaleza sin ley.

Desde la Ley, este sujeto es insoportable, es a-formado, de-generado, y desde el sujeto, él mismo se interpreta como alguien capaz de expresar, en sí, la *pre-versión*, esa versión anterior inocente, salvaje, real y espontáneamente verdadera; beneficio de ser una cualidad pura fuera de la Ley desde su mismo origen; maleficio, porque su propia naturaleza implanta la diferencia. La lucha del (*in*) *vertido* puede ser doble: intentar que la Ley lo reconozca como caso, lo legalice y lo perdone por su ser y hacer diferente no-voluntario, lo rescate de su responsabilidad y lo libere de su culpabilidad; o bien luchar por “enderezar” su misma naturaleza nacida desviada, de-generada, realizar un acto de conversión, no ser ya (*in*) *vertido* sino (*con*) *vertido*. Este tipo de sujeto es en sí mismo un ingenuo.

<sup>5</sup> Véase Roland Barthes, *Le plaisir du texte*, du Seuil, París, 1973; y Jacques Lacan, *El Seminario 20. Aun*, Paidós, Buenos Aires, 1995.

El (*exo*) *vertido*, por su parte, realiza un proceso totalmente diferente, conoce la Ley en todos sus detalles y vericuetos, conoce también los mecanismos de castigo y de exclusión de la maquinaria de la Versión, busca la forma de hacerle trampas a la Ley, de violentar la Versión desde la Versión misma, busca producir desde los símbolos lo que no existe todavía.

No es ingenuo como el anterior, es un sujeto (*ad*) *vertido*, hábil en las artes de la guerra, de la simulación, el escape y la huida. Se alejará de todo castigo ya que éste nace de la fuerza de la Ley a la que no reconoce y alejará de su subjetividad toda culpabilidad, produciendo una escisión clara entre responsabilidad y culpa que el mundo moderno ha superpuesto, al incitar a que todo acto consciente y deliberado, y en ese sentido responsable, se convierta en germen de culpabilidad; para el mundo moderno cumplir la Ley es ya ser culpable, a mayor cumplimiento y observancia de la misma, mayor culpa y mayor severidad, tal como lo muestra Freud en “El malestar en la cultura”. El (*exo*) *vertido* es responsable de la nueva versión que produce, contraria y adversa a la Versión de la cultura, pero no desarrolla el sentimiento de culpa, deja de ser para él fatal e inevitable tal como lo consideraba Freud.

El (*exo*) *vertido*, además de (*ad*) *vertido* es también un sujeto (*di*) *vertido*, si recordamos que (*di*) *vertir*, uno de los devirados de la palabra latina *vertere*, significa “desviar”, “apartar”, “conjunto de estrategias para alejar al enemigo del sitio en que se le quiere atacar”.

Para desviar la atención del enemigo, el (*exo*) *vertido* hace uso de la ironía y el humor.<sup>6</sup> Ambos se constituyen en relación a la Ley, surgen en estrecho vínculo con ella a fin de violentarla, de mostrar el vacío que la constituye, despojarla de todo sentido.

La ironía construye un nuevo principio fundante que ocupa el lugar de la Versión haciendo evidente la vacuidad de la Ley; elabora una ley-otra que trastoca la Ley y el orden, teniendo el irónico especial cuidado de no incurrir en errores o negligencias en su acto transgresivo, para escapar, así, del castigo. Estamos frente a un productor de lo otro sin culpas.

El humor, por el contrario, lleva a cumplir la Versión al pie de la letra, burlarla por exceso de celo; pone en evidencia el absurdo que provoca su escrupuloso cumplimiento, la ve saltar hecha pedazos provocando efec-

<sup>6</sup> Véase Gilles Deleuze, “La ley, el humor y la ironía”, en *Presentación de Sacher Masoch*, Taurus, Madrid, 1973, pp. 83-91.



tos contrarios a los que se propone. El humorista es también un demostrador del absurdo de la Ley, no la violenta desde los principios como el irónico, quien instaura una ley-otra que ocupa el lugar de la Ley, sino desde sus mismas consecuencias. Desde esta perspectiva, Kafka se constituye en el autor humorista por excelencia.

Existe en el (*exo*) *vertido*, ya sea al aplicar el humor o la ironía, un efecto demostrativo, busca mostrar los vacíos y huecos de la Ley, provocar su disolución por el juego entre reír, deplorar y detestar.<sup>7</sup> Estas tres pasiones o impulsos —reír, deplorar, detestar— tienen en común el hecho de conservar la Versión y la Ley a distancia, diferenciarse, romper con ellas, protegerse por la risa, desvalorizarlas por la deploración, y finalmente destruirlas por el odio: positividad misma de lo negativo. La risa que desata toda diversión, en tanto estrategia, es infinitamente poderosa, deja flotando en el vacío la fuerza de la Ley, detiene su violencia con la violencia de la ironía o del humor.

Toda (*exo*) *versión* es exponencial, muestra formas-otras, radicalmente otras que dejan flotando el sentido naturalizado por la ley; se convierten en a-semánticas por desconocidas, por inasimilables, por estar fuera de toda legalización. Diversifican el conocimiento y crean meta-leyes que permiten poner en duda el campo de la Versión, exponerla al ridículo, violentarla por la risa y el escarnio. Se apropian de esta manera de la Ley y la per-vierten, transitan por ella, la traspasan para dar la nueva versión en que su naturaleza de-generada se instituye como función de lo nuevo. Instauran la cesura, el quiebre; productoras de lo nuevo, per-vertido en relación a la Versión, implantan la diferencia.

La única posibilidad creativa se encuentra en la travesía de la (*exo*) *versión*, producción incesante de versiones-otras, múltiples y adversas a la Versión oficial; entendidas fuera de la interpretación de la perversión ya sea como negativo de la normalidad, y fuera aun del sentido dado a la perversión por Freud en los “Tres ensayos de teoría sexual”, en el que aparece la neurosis como el negativo de la perversión.

<sup>7</sup> F. Nietzsche, “333. ¿Qué significa conocer?”, *La gaya ciencia*, Fontanara, México, 1996. Retomando un texto de Spinoza, Nietzsche muestra que la relación de conocimiento es resultado del juego entre *ridere, lugere, detestari*.

“El concepto de perversión es bastardo, semijurídico, semimédico”<sup>8</sup> —como dirá Deleuze— “parece que se busca en la estructura de la misma perversión la razón de su tan ambigua relación eventual con la justicia como con la medicina”.

Fuera también de la interpretación de la per-versión como estructura, el (*exo*)*vertido* no lo es constitucionalmente, efecto de un hueco, de un vacío producido en su constitución misma por una interrelación diferente de sus componentes, sino que lo es en tanto resultado de un trabajo constante de auto-producción: travesía, viaje de aprendizaje y prueba pleno de cesuras, quiebres y rupturas, trayecto incierto sin brújula de versión alguna, guiado por el afán obsesivo de construcción de una versión-otra. El (*in*)*vertido*, realiza también una travesía, aunque de índole diferente: en su retorno al origen busca rescatar un organismo pulsante y pulsado por la fuerzas de una naturaleza incontrolada previa a toda cultura.

Estas travesías dejan en suspenso la Estructura del Otro, de la Versión y de la Ley, ya sea por la producción de lo inédito o bien por el rescate de lo sepultado en el olvido. Producen un mundo sin el Otro, un mundo en que la categoría de lo posible ha sido remplazada por la de lo necesario. El (*exo*)*vertido*, no sólo pone en suspenso la estructura, sino que la violenta al aplicar sobre ella la ironía observándola desde una ley-otra, desde una meta-ley o bien el humor, intensificando la moral de lo verso que pone en evidencia la naturaleza inútil de la Ley.

El (*exo*)*vertido* en su travesía comete “Otroicidio”, en tanto asesinato de los posibles; camino iniciático de deshumanización: el sujeto al desprenderse de la Estructura del Otro, al excluirse de ella en un trabajo de metamorfosis del sí mismo, en la producción de una estética de su existencia entra, sin lugar a dudas, en un proceso de deshumanización, se de-subjetiviza, ya que el proceso de “humanización” puede ser considerado como proceso de domesticación y sometimiento a la lógica de la Versión: deshumanizarse es en sí misma una forma inventiva de resistencia a la humanización, la que si bien ha sido capaz de prodigiosas invenciones, al mismo tiempo y a la vez las plagó de horror y desatinos; proceso de humanización que convirtió a las sociedades en hormigueros, termiteros, en extensos campos concentracionarios, en hoyos tenebrosos donde Thanatos se vistió de Eros.

<sup>8</sup> Gilles Deleuze, “Apéndice 2. Michel Tournier”, *op. cit.*, p. 303.

La Versión busca afanosamente colonizar las (*exo*) *versiones*, hacerlas propias, al tiempo que busca con-vertir las (*in*) *versiones*, para ello pone en funcionamiento un cúmulo de disciplinas a fin de nominarlas, darles clasificación, ubicarlas en el orden de las cosas. De esta manera, la maquinaria las vuelve funcionales, las legaliza al nominarlas, las inscribe en el orden de la desviación, les da licencia bajo el discurso de la ciencia y del conocimiento y por esta vía les quiebra todo poder disruptor al ser legalizadas bajo el nombre de la desviación. En el momento en que el (*in*) *vertido* y el (*exo*) *vertido* conquistan el derecho de ser reconocidos por la Versión, pierden la suerte de su diferencia, su cualidad ya no pertenece a la fuerza de lo inefable sino que se vuelve un adjetivo que los hace pertenecer al mundo de lo posible. En ese momento caen de bruces en la Versión.

La medicina, el derecho, la psiquiatría y el psicoanálisis han jugado este papel de legalización de la (*in*) *versión* y de la (*exo*) *versión*, grandes máquinas legalizadoras del “a puertas cerradas” de la Versión.

La única manera de abrir sus puertas se halla en la explosión y expansión de versiones múltiples, diversificadas y diversas, momentáneas, instantáneas, inesperadas y también fantasmáticas, siempre desviadas del sitio en que se les aguarda, “que es el lugar del Padre, siempre muerto como se sabe, puesto que sólo el hijo tiene fantasmas, sólo el hijo está vivo”.<sup>9</sup>

La explosión y multiplicación de (*exo*) *versiones*, su producción incesante, es una tarea política urgente, es capaz de modificar la maquinaria de la Versión, exigiéndole desplazamientos, logra sacarla de la ética de lo significativo, del nombre y de la clasificación y ubicarla en la estética del signo, de su uso y su función. Ya no importará su semántica, sólo su sintaxis: las significaciones sucumbirán ante el imperio de los signos; los significados serán sepultados por el ritmo y sonoridad de los significantes.

Apertura, entonces, hacia una estética de las funciones por la de-generación de la Versión.

<sup>9</sup> Roland Barthes, *El placer del texto y lección inaugural*, Siglo XXI, México, 1984, p.148.

## Bibliografía

- Barthes, Roland (1973), *Le plaisir du texte*, Éditions du Seuil, París.
- (1997), *Sade, Fourier, Loyola*, Cátedra, Madrid.
- Blanchot, Maurice (1990), *Lautréamont y Sade*, FCE, México.
- Carominas, Joan, *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid.
- Deleuze, Gilles (1988), *Diferencia y repetición*, Júcar Universidad, Madrid.
- (1989), *Lógica del sentido*, Paidós estudio básica, Barcelona.
- (1987), *Foucault*, Paidós estudio, México.
- (1974), *Presentación de Sacher Masoch*, Taurus, Madrid.
- y Guattari, F. (1973), *El anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Paidós, Barcelona.
- (1988), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia.
- Derrida, Jacques (1997), *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*, Tecnos, Madrid.
- Foucault, Michel (1985), *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, Revolución, Madrid.
- (1991), *Saber y verdad*, La Piqueta, Madrid.
- (1976), *Historia de la locura en la época clásica*, 2 tomos, FCE, México.
- (1989), *El pensamiento del afuera*, Pre-textos, Valencia.
- (1972), *Theatrum Philosophicum*, Anagrama, Barcelona.
- Freud, Sigmund (1976), “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras completas*, tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1976), “El malestar de la cultura”, en *Obras completas*, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1995), *El seminario 20. Aun*, Paidós, Buenos Aires.
- Nietzsche, Friedrich (1996), *La gaya ciencia*, Fontamara, México.